



XXVII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO*

“Señor: Auméntanos la fe”

Luis Fernando Crespo

No dejen de leer los Textos Bíblicos antes del Comentario.

Lecturas: Habacuc 1,2-3; 2,2-4; 2 Timoteo 1,6-8.13-14; Lucas 17, 5-10.

Puede ser que las lecturas de este domingo nos resulten menos conocidas. Pero no por eso han de ser menos interpelantes. Por tanto, leámoslas con la misma o mayor atención y apertura.

No deja de sorprendernos que sean precisamente los “apóstoles” los que se acercan a Jesús para rogarle: “Auméntanos la fe”. Designados también como “los Doce”, ¿no habían sido especialmente elegidos por Jesús tras una noche intensa de oración? (Lc. 6,12-16). Se podría suponer que ellos tendrían una fe plena y segura. Pero, sin embargo, también ellos han de realizar un camino de afianzamiento de su propia fe. La fe significa en primer lugar *creer* en Jesús, en sus palabras y en su proyecto, en sus opciones y en su manera de vivir cercana a Dios y solidaria con la gente, y tratar de seguirlo. Caminando con él, han ido descubriendo su manera peculiar y fascinante de sentirse amado por Dios, a quien llama “Abba”, Padre querido, y –quizá por eso mismo– su compasión para con los más débiles y sufrientes de su pueblo

Admirado por mucha gente sencilla, es visto con recelo y hostilidad por los poderosos, incluso algunos piensan en cómo eliminarlo. Es fácil dejarse atrapar en un primer momento por la belleza de sus parábolas y por la bondad manifestada en sus curaciones, pero *creer* en él, comprometerse con su causa, abandonarlo todo para seguirle, eso ya no parece ni tan razonable, ni tan fácil. Los discípulos habían iniciado un camino, como muchos de nosotros lo hemos venido haciendo después. A ratos, sienten como que les falta esa fe. El mismo Jesús se lo hizo notar cuando les sorprendió la tormenta en el lago y, ganados por el miedo, lo despertaron. Él les replicó amonestándoles: ¿Dónde está su fe?” (Lc. 8,25). El evangelio de Mateo lo formuló con la expresión “hombres de poca fe”. A veces el Señor está presente de manera tan discreta y silenciosa que nos sentimos solos y abandonados, la fe en él se torna insuficiente, “poca”, intrascendente ante las realidades adversas –o favorables– que se nos imponen. Con razón aquellos “apóstoles” sintieron que habían de pedir:

* Ciclo C.

“Auméntanos la fe”. ¿No habría de ser hoy ésa nuestra oración humilde ante el reconocimiento de la precariedad de nuestra propia fe?

En el mismo evangelio de Lucas, Jesús había alabado la fe de la mujer pecadora, que se atrevió a presentarse en casa del fariseo que le había invitado a comer. Animándola, le dijo: “Tu fe te ha salvado. Vete en paz” (Lc.7,50). De la misma manera había felicitado a otra mujer, que padecía flujo de sangre y “se acercó por detrás y tocó el borde de su manto” y, sintiéndose curada, “contó delante de todo el pueblo por qué razón le había tocado”. Aquella mujer recibió la misma felicitación: “Hija, tu fe te ha salvado. Vete en paz” (Lc.8,43.48). Las dos mujeres, anónimas, arriesgando ser mal vistas y juzgadas, habían confiado plenamente en Jesús, en su capacidad de acoger con misericordia y en su poder para sanar.

Las palabras que siguen por parte de Jesús a los apóstoles suenan un poco duras: “Si tuvieran una fe como un grano de mostaza...”. Menos no podía ser. O ¿mucho esperaba Jesús de la fe de aquellos hombres que le venían siguiendo? Pero los había visto decepcionarse y temer cuando les habló de su camino de sufrimiento “en manos de los hombres”. Sus palabras eran claras, pero “ellos no entendían lo que les decía”. O ¿sí entendían la gravedad de sus palabras y “temían preguntarle acerca de este asunto”? (Lc.9,44-45). Creer en Jesús implica estar dispuestos a asumir en nuestro propio caminar la adversidad y confrontación que él encontró. Esa exigencia de coherencia nos suscita dudas prácticas en el camino de la fe, preferimos no preguntarnos, mejor dejar pasar y conformarnos con mantener una fe de nivel bajo.

La fe no se mide por la aceptación sin dudas de una doctrina. Deriva, más bien, de la confianza y adhesión a una persona, en este caso a Jesús y, en él, al mismo Dios. Se trata de algo profundamente vital; por eso puede crecer o se debilita; se muestra activa en la vida cotidiana y en las grandes opciones, o se vuelve intrascendente, ahogada por otras preocupaciones y afanes. Es posiblemente nuestra propia historia personal. Los “apóstoles” encontraron una posibilidad, que nosotros podemos también asumir: con humildad y confianza: decirle al Señor: “Auméntanos la fe”. Él sabía bien por qué se lo pedían, sabe bien por qué necesitamos pedirselo. Los apóstoles siguieron con Jesús hasta el final y él se lo reconoció en la Cena de despedida: “ustedes son los que han perseverado conmigo en mis pruebas” (Lc.22,30). No importa tanto si hay altibajos en el camino. Lo importante es perseverar en el seguimiento,

El texto continúa con una de esas pequeñas parábolas, que sacadas de contexto y de la intencionalidad de quien la cuenta, nos dejan un poco desconcertados. En el comportamiento del amo, que siente no tener nada que agradecer a su siervo, Jesús no propone un modelo; lo toma como un ejemplo de lo que sucede en la realidad para enseñar que quien se sienta buen discípulo no debe creerse con más derechos ante Dios que los demás; simplemente cumple y debe sentirse feliz con lo que vive y realiza. El consejo puede extenderse a cómo hemos de sentirnos bien reconocidos cuando cumplimos cabalmente con nuestras tareas, sean familiares, profesionales o sociales. Somos servidores unos de otros. Y en ese sentido no hay servicios que de por sí sean más importantes y reconocidos. Los que, a veces, en la apreciación común son

considerados más bajos y onerosos, resultan imprescindibles para la sociedad y deberían ser reconocidos y retribuidos con mayor equidad.

En la primera lectura se nos presentan unas palabras de Habacuc, profeta de finales del siglo séptimo a.C., época de violencias y convulsiones internacionales que afectarán al pueblo de Judá. El profeta se sitúa como “vigía arriba de la muralla, alerta para ver lo que me dice”, esperando la palabra de Yahvé sobre los acontecimientos que se suceden. La palabra de Dios se cumplirá, “vendrá ciertamente”, aunque a veces se atrase. Ese atraso es el que nos desespera y defrauda, nos hace vacilar en nuestra fe. Pero sentencia: “el justo por su fidelidad vivirá”. La fidelidad significa la perseverancia en la fe, aunque sus promesas se demoren o su cumplimiento tome ritmos o expresiones que no son los que habíamos imaginado o deseado. La fidelidad camina hermanada con la esperanza, mutuamente se sostienen y alimentan, y son capaces de mantenernos en el amor, sin que éste se amortigüe. Siempre será necesaria la oración humilde: “Señor, auméntanos la fe”.

La Segunda carta a Timoteo recuerda a este colaborador de Pablo que mantenga y renueve su fidelidad a la misión que ha recibido: “que reavives el carisma de Dios que está en ti por la imposición de mis manos”. Buena recomendación para todos nosotros, bautizados un día, renacidos para una vida nueva en Jesucristo y ungidos con el crisma para, como él recordó en Nazaret, anunciar la Buena Nueva a los pobres y la liberación a los cautivos y oprimidos. Con los años olvidamos el sentido de nuestro bautismo, recibido muchas veces cuando éramos demasiado niños. ¡Qué buena ocasión, ya cristianas y cristianos adultos, para “reavivar el carisma” –“carisma” significa don gratuito, donado por amor, gracia- recibido en nuestro bautismo! Más conscientes de lo que implica vivir hoy con coherencia el seguimiento de Jesús, la fe en él, podemos -a la manera de los “apóstoles”- volver a pedir: “Auméntanos la fe” y de manera inseparable, la esperanza y el amor.

No bastan las reacciones espontáneas para vivir como creyentes en Jesucristo ante los desafíos de la desigualdad injusta creciente, ante la violencia despiadada e injusta en guerras como Ucrania, Gaza, Sudán, ¡Señor: auméntanos la fe, hazla más comprometida y eficaz!